

LA PROFECÍA DE LAS HERMANAS · LIBRO III

EL
RITUAL
DE
AVEBURY

MICHELLE ZINK

*A mi padre, Michael St. James,
por esas maravillosas tinieblas.*

Título original: *Prophecy of the Sisters. Circle of Fire*

Esta obra fue publicada por acuerdo con Little, Brown and Company,
New York, New York, USA. Reservados todos los derechos.

1.^a edición: octubre de 2011

© Del texto: Michelle Zink, 2011

© De las ilustraciones: Leah Palmer Preiss, 2011

© De las fotografías de cubierta: Marcela Lieblich (escultura)
y M. Steel/Anaya

© Little, Brown and Company, 2011

© De la traducción: Marfa Teresa Marcos Bermejo, 2011

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2011

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

e-mail: anayainfantiljuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta de
Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-667-9482-4

Depósito legal: B-21.614/2011

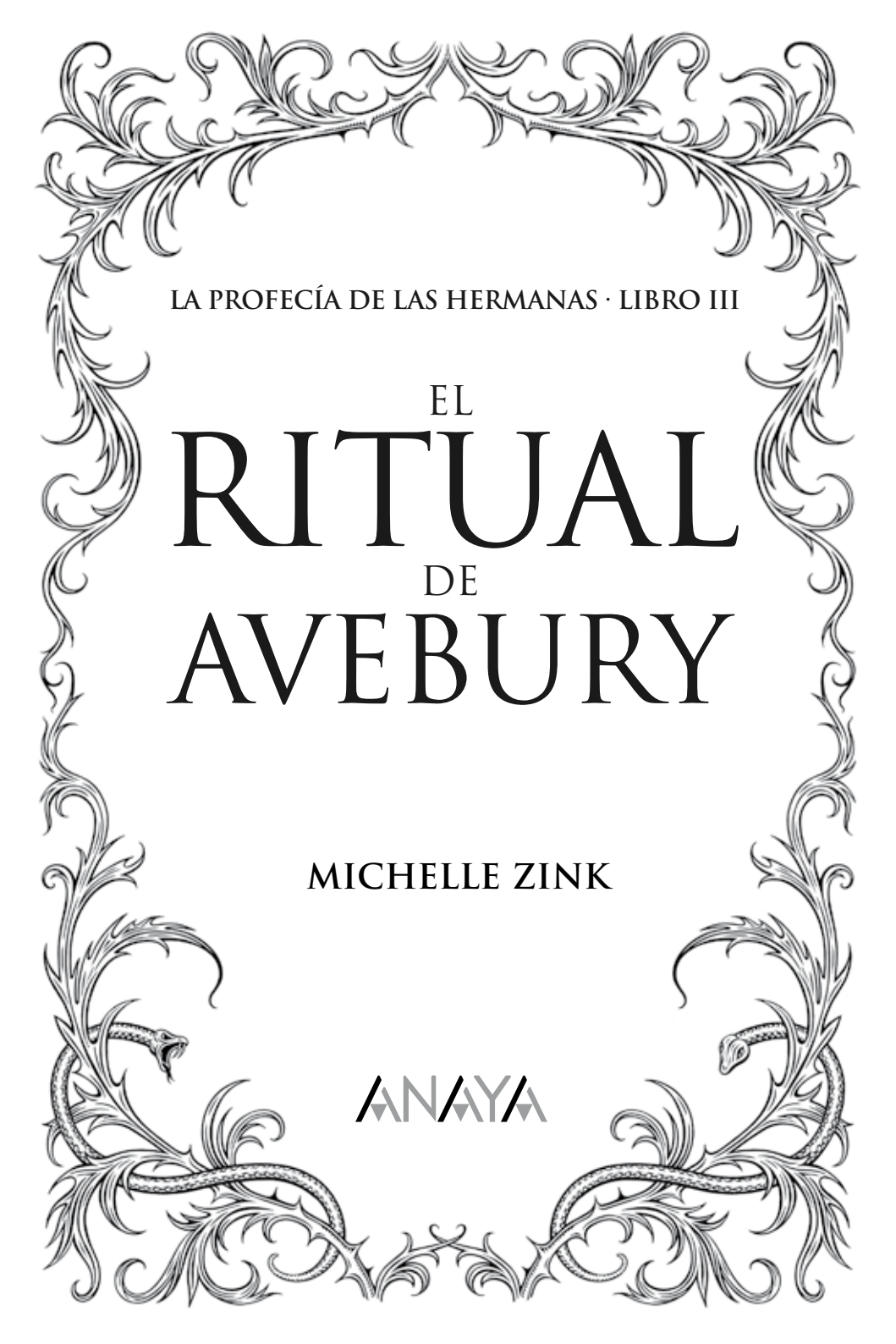
Impreso en Romanyà Valls, S. A.

Capellades (Barcelona)

Impreso en España – Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la
Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*,
publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.



LA PROFECÍA DE LAS HERMANAS · LIBRO III

EL
RITUAL
DE
AVEBURY

MICHELLE ZINK

ANAYA



Siento el peso de los vestidos en los brazos cuando salgo de mi habitación. No hay ventanas por las que entre la luz. Recorro con sigilo el pasillo suntuosamente empapelado bajo la titilante luz de los apliques de las paredes. Milthorpe Manor pertenece a mi familia desde hace generaciones, pero aún no me resulta tan acogedor como Birchwood, mi hogar neoyorquino, donde nací y me crie.

Sin embargo, esta casa no alberga fantasmas del pasado. Aquí no tengo que recordar a Henry, mi hermano pequeño, tal como era antes de su muerte. No he de preocuparme por si oigo a mi hermana gemela, Alice, susurrando en la habitación oscura mientras invoca cosas aterradoras y prohibidas. Ni existe el peligro de que me la encuentre merodeando por los pasillos a cualquier hora del día o de la noche.

Al menos, no en persona.

Ha sido idea de tía Virginia que me aconsejen Sonia y Luisa acerca del vestido para la fiesta de disfraces de esta noche. Sé



que mi tía trata de ayudarme, pero el cambio operado en la naturaleza de mi amistad con ambas lo evidencia el hecho de que ahora haya de prepararme para soportar su presencia. O, para ser más exactos, la presencia de Sonia. A pesar de que hace semanas que ella y Luisa regresaron de Altus, aún no se ha disipado la tensión que se notaba en los primeros días después de su regreso. He intentado perdonar a Sonia por su traición en el bosque camino de Altus. Aún lo estoy intentando. Pero cada vez que contemplo el frío azul de sus ojos, lo recuerdo.

Recuerdo haberme despertado con el agradable rostro de Sonia sobre mí, mientras sus calientes manos presionaban el odioso medallón sobre la delgada piel del reverso de mi muñeca. Recuerdo su voz familiar, tras tantos meses de confidencias compartidas, susurrando febrilmente las palabras de las almas acerca de cómo me usarían a modo de puerta para traer a Samael.

Lo recuerdo todo y siento cómo se me endurece un poco más el corazón.

El baile de máscaras del club es uno de los acontecimientos más celebrados del año. Sonia, Luisa y yo llevamos esperándolo desde que regresaron de Altus, pero mientras que ellas decidieron rápidamente sus trajes, yo sigo indecisa.

Lo de mi máscara, decidida y confeccionada desde hace tiempo, no fue complicado. Enseguida supe qué aspecto tendría, a pesar de que jamás he asistido a un baile de disfraces y de que no hago concesión alguna a la moda. No obstante, me la imaginé tan fácil y claramente como si la hubiese contemplado en un escaparate. Poco después se la encargué a la costurera. Se la describí y vi cómo la esbozaba sobre un fino trozo de papel hasta convertirse en lo que yo había ideado.



Pero a pesar de lo fácil que fue saber cómo quería que fuera mi máscara, mi indecisión me obligó a renunciar a hacerme un traje. En vez de eso, he escogido dos de los que colgaban en mi guardarropa. Tal como me sugirió tía Virginia, voy a pedirles ayuda a Sonia y a Luisa para decidirme. Pero si en otros tiempos se habría tratado de algo propio de amigas y habría disfrutado con ello, ahora me da cierto temor. Tendré que mirar a Sonia a los ojos.

Y tendré que mentir y mentir y mentir.

Al llegar a la puerta de la habitación de Luisa, levanto la mano para llamar con los nudillos, pero vacilo al escuchar las altas voces que provienen del interior. Identifico una como la de Sonia y oigo que pronuncia mi nombre decepcionada. Me apoyo en la puerta, no voy a negar que pienso ponerme a escuchar.

—Ya no puedo hacer nada más. Le he pedido perdón una y otra vez. Me sometí sin rechistar a los ritos de las hermanas en Altus. Pero, haga lo que haga, Lia no me perdona. Y empiezo a pensar que no lo hará jamás.

Al sonido hecho por una tela le sigue el ruido seco de las puertas de un armario. Después oigo responder a Luisa.

—Bobadas. A lo mejor deberías pasar más tiempo a solas con ella. ¿Le has pedido que vaya a montar contigo a Whitney Grove?

—Más de una vez, pero siempre tiene alguna excusa. No hemos vuelto allí desde antes de que tú vinieras de Nueva York. Antes de Altus. Antes de... todo.

No sabría decir si Sonia está enfadada o, simplemente, triste. Siento un instante de remordimiento al recordar las veces que



me ha pedido que vayamos a Whitney Grove. La he evitado hasta cuando he ido sola a practicar con el arco.

—Tienes que darle tiempo, eso es todo —Luisa es muy directa—. Ahora lleva ella todo el peso del medallón, además de cargar con la responsabilidad de descifrar la última página de la profecía.

Bajo la cabeza para mirarme la muñeca, que asoma entre metros de seda y encaje. La cinta de terciopelo negro se burla de mí desde el interior de la manga de mi vestido. Por culpa de Sonia ahora debo cargar yo sola con el medallón. Por su culpa tengo que evitar que se abra camino hasta la marca que tengo en la otra muñeca, el Jorgumand, la serpiente que se muerde la cola con una C en el centro.

Por mucho que Luisa excuse a Sonia, da lo mismo. Hay cosas que seguirán siendo ciertas.

A mi incapacidad de perdonar se añade una poderosa mezcla de resentimiento y desesperación.

—Bueno, pues ya me estoy cansando de plegarme a sus caprichos. Todas nosotras somos parte de la profecía. No es ella la única que carga con ella.

El tono de indignación de Sonia aviva el fuego de mi enfado. No tiene derecho alguno a sentirse indignada. Como si fuese tan fácil perdonarla.

Luisa suspira con tanta intensidad que la oigo desde el pasillo.

—Intentemos disfrutar del baile de disfraces, ¿vale? Dentro de dos días llegará Elena. Nos queda esta noche para ser tan amigas como antes.

—Yo no soy el problema —murmura Sonia desde el fondo de la habitación.



Una oleada de sangre calienta mis mejillas y trato de controlar los nervios antes de levantar la mano para llamar a la gran puerta de madera.

—Soy yo —exclamo, tratando de calmar el temblor de mi voz.

La puerta se abre. Luisa aparece en el umbral con sus oscuros cabellos iluminados por un destello rojizo a causa de la luz de la lámpara y del fuego de la chimenea.

—¡Ya estás aquí!

Su alegría suena forzada. Supongo que está tratando de dejar a un lado la conversación que acaba de tener con Sonia. Durante un instante de locura se me antoja que es cómplice de la traición de Sonia. Entonces recuerdo la lealtad de Luisa y el dolor que debe de sentir al encontrarse en medio del conflicto que existe entre Sonia y yo. Mi mal genio se disipa y de pronto me sorprende al ver que no resulta tan difícil sonreír.

—Aquí estoy. Traigo dos trajes para que los inspeccionéis.

Los ojos de Luisa se fijan en el montón de tela que llevo en las manos.

—Ya veo por qué no puedes decidirte. ¡Los dos son preciosos! Entra —retrocede un paso para dejarme pasar.

Cuando entro en la habitación, los ojos de Sonia se topan con los míos.

—Buenos días, Lia.

—Buenos días.

Mientras me dirijo hacia la cama de caoba tallada que está en el centro de la habitación, trato de sonreírle con convicción. La timidez de que hace gala mi mejor amiga es nueva, pues antes hablábamos de todo y de nada. Antes, Sonia y yo



estuvimos juntas en Londres, mientras Luisa continuaba en Nueva York con tía Virginia y Edmund, nuestro leal amigo y chófer de la familia. Rememorar todos esos días que Sonia y yo pasamos montando a caballo en Whitney Grove, hablando de nuestro ansiado futuro y riéndonos de las remilgadas muchachas de la sociedad londinense es una de las muchas maneras que tengo para tratar de recordar el cariño que siento por ella.

—¡Vengo cargada de vestidos!

Deposito los trajes encima de la colcha y Sonia se acerca a la cama.

—¡Son preciosos!

Me echo hacia atrás para contemplar los dos vestidos con ojo crítico. Uno es carmesí, una apuesta audaz para cualquier joven-cita, aunque el otro, de un intenso color esmeralda, resaltaría mucho mis ojos. Me es imposible no pensar en Dimitri al imaginarme con cualquiera de ellos puesto.

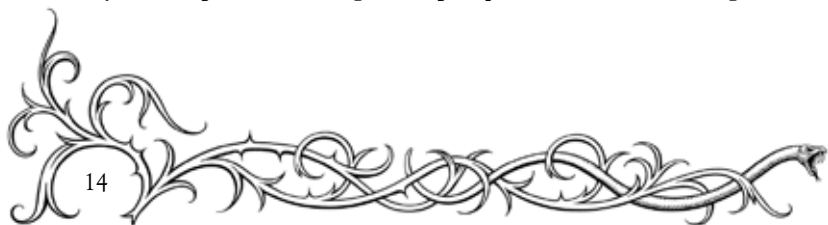
Como si me leyera la mente, Luisa dice:

—Escojas el que escojas, Dimitri va a ser incapaz de quitarte los ojos de encima, Lia.

Siempre se me levanta el ánimo cuando pienso en los ojos de Dimitri, oscuros y llenos de deseo.

—Sí, bueno, supongo que de eso se trata.

Sonia se inclina sobre los vestidos para tocar la tela. Durante los siguientes treinta minutos no hablamos de nada más que de vestidos y de máscaras, hasta que, por fin, me decido por el de seda escarlata. Durante la siguiente media hora fingimos que todo es como solía ser y que no se interpone entre nosotras el engranaje de la profecía. Fingimos, porque no nos haría ningún bien



decir en voz alta lo que todas sabemos, que ya nada volverá a ser igual.



Estoy sentada frente al tocador de mi cuarto. Solo llevo puestas unas enaguas y las medias mientras me preparo para el baile de disfraces.

Para escándalo del servicio doméstico, desde mi regreso de Altus, hace ya casi tres meses, me resisto a usar corsés y a que me ayuden las criadas. No era mi intención rechazar los lujos de la moda. Durante un tiempo consentí en que una criada me ayudase a vestirme para las grandes ocasiones, como corresponde a una señorita de mi clase. Permanecía callada y resentida mientras me inmovilizaban, me metían dentro de un corsé y embutían mis pies en complicados zapatos que me apretaban hasta el punto de tener que controlar mis ganas de arrojarlos al otro extremo de la habitación.

Pero no sirvió de nada.

Únicamente podía pensar en las vestiduras de seda de Altus, apenas un susurro sobre mi piel desnuda, y en la lujuriosa libertad de los pies descalzos o metidos en unas simples sandalias.

Por fin, tras una noche particularmente intensa con los espiritistas y druidas del club, regresé a casa, a Milthorpe Manor, y anuncié mi intención de vestirme yo sola a partir de aquel momento. Las protestas que recibí fueron meramente formales. Todo el mundo había notado ya cambios en mí y nada de lo que hacía era una sorpresa. El servicio pareció resignarse a tener una señora excéntrica.



Tomo un bote de polvos y me miro al espejo mientras me esparzo las finas partículas por la frente, las mejillas y la barbilla. Apenas reconozco en la joven que me devuelve la mirada a aquella muchacha que vino a Londres, que huyó de su casa, de su hermana, del hombre al que amaba.

Aun así, esta nueva persona me resulta familiar. Sus ojos esmeralda brillan como los de mi difunta madre, sus pómulos angulosos y bien marcados parecen recordarme los sacrificios que he hecho en nombre de la profecía.

No tiene nada de extraño que de aquella muchacha de rostro redondo que llegó a Londres no quede sino un recuerdo.

El brillo apagado de la piedra de víbora de tía Abigail atrae mi atención en el espejo. La levanto, cierro los dedos a su alrededor y me pregunto si no me estaré imaginando que está un poco caliente.

Comprobar la temperatura de la poderosa piedra que me dio tía Abigail se ha convertido en un ritual diario, pues a pesar de que he ido recuperando mis propias fuerzas, sigo convencida de que poco más que eso es lo que se interpone entre las almas y yo. Tía Abigail entregó su vida para protegerme impregnando la piedra con todo el poder que le quedaba como señora de Altus. Cuando por fin se haya agotado el calor de la piedra, desaparecerá toda la protección que pudiera recibir de ella.

Y cada día está más fría.

Me alejo del espejo. No tiene sentido pensar en cosas que escapan a mi control, así que me paseo por la habitación y reflexiono acerca del misterio de la página final de la profecía. Esa página, que encontré en la gruta sagrada de Chartres, desapareció para siempre cuando la quemé para asegurarme de que jamás



caería en manos de Samael o de sus almas perdidas. Pero nunca olvidaré las palabras que estaban escritas en ella y que me recuerdan que aún es posible un futuro en el que la profecía no aceche mis sueños y esperanzas.

Recuerdo las palabras casi inconscientemente y las recito en mi mente mientras cavilo sobre su significado:

Pero del caos y de la locura alguien surgirá
para guiar a los ancianos y liberar la piedra,
arrojada por la santidad de la comunidad de las hermanas,
a salvo de la bestia y de sus ataduras,
libre de la profecía,
de su pasado y su inminente fatalidad.

Piedra sagrada, liberada del templo,
Sliabh na Cailli',
portal de los otros mundos.

Hermanas del caos,
volved al vientre de la serpiente,
al final de Nos Galon-Mai.

Allá, en el círculo de fuego iluminado por la piedra,
reuníos cuatro llaves marcadas por el dragón,
ángel del caos, marca y medallón.

La bestia será desterrada
a través de la puerta de la guardiana
por la comunidad de las hermanas con el rito de los caídos.

Abre tus brazos, señora del caos,
para anunciar la confusión de los tiempos,
o ciérralos y prívale de su sed de eternidad.



Ya sabemos algunas cosas. Por ejemplo, que yo soy la llamada a encontrar la piedra escondida por las hermanas de Altus, mis antecesoras; que liberar lo que está ligado a la profecía significa liberarme tanto a mí misma como a las llaves, a Sonia, a Luisa y también a Elena, y significa liberar a futuras generaciones de hermanas y a la humanidad del oscuro caos que resultaría de la llegada de Samael a nuestro mundo.

Y también sabemos que Alice sigue esforzándose por impedir esa liberación.

Sin embargo, Dimitri y yo parecemos incapaces de descifrar la localización de la piedra, y debo conseguirla para completar el ritual en Avebury. Suponemos que «arropada por la santidad de la comunidad de las hermanas» significa que se encuentra oculta en un lugar que se considera espiritualmente relevante. Puede que estemos equivocados, pero puesto que la última página de la profecía fue enterrada en la gruta de Chartres —y esta, a su vez, albergaba un templo subterráneo que en el pasado fue lugar de culto para las hermanas— parece la mejor de todas las hipótesis.

El reloj de la mesa da las siete. Me dirijo al armario para sacar el vestido escarlata, mientras continúo pensando en las posibles localizaciones que ya hemos eliminado y en las nueve que quedan. Al meterme el vestido por la cabeza tratando de que no se me vayan las horquillas del pelo, me irrito porque no podemos descartar definitivamente los lugares que hemos tachado de la lista. Hemos estado buscando un lugar de culto importante para nuestros antepasados, al que pueda ir ligada la historia de nuestra gente o la profecía. Pero tan solo podemos basar nuestras conclusiones en nuestras investigaciones. Y una parte insignificante del pasado podría cambiarlo todo.



Además, hay otra cosa que se interpone en nuestro camino para descifrar la página final: «... volved al vientre de la serpiente, al final de Nos Galon-Mai». Por el significado que tenía Avebury, parece claro que el vientre de la serpiente está allí, pero hemos sido incapaces de encontrar alguna referencia a la fecha en que se supone que debemos reunirnos para cerrar la puerta a Samael. Yo tenía la esperanza de encontrarla en alguno de los libros de mi padre, pero hemos revisado todos los de la casa y también hemos rastreado en vano las librerías de Londres.

Una llamada a la puerta hace que me ponga en marcha.

—¿Sí? —pregunto, levantando la voz y buscando los zapatos que me he hecho a medida para ir cómoda y, al mismo tiempo, aceptablemente moderna.

—Edmund tiene preparado el carruaje —dice tía Virginia al otro lado de la puerta—. ¿Necesitas ayuda para vestirme?

—No. Estaré abajo dentro de un minuto.

Menos mal que no sigue insistiendo. Al dejarme caer en la cama entre el frufrú de la seda, veo asomar mis zapatos debajo del colchón. Apenas dedico un instante a añorar la comodidad de andar descalza antes de meter los pies en los zapatos de tacón bajo.

Podría ser peor. Y hay cosas que ni yo puedo cambiar.

